

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**MARÍA VON MÖRL
MÍSTICA ESTIGMATIZADA**

S. MILLÁN – 2022

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Primeros años.

Mala salud.

Los demonios.

Objetos en su cuerpo.

Éxtasis.

Las llagas.

Su ángel.

La Eucaristía.

Navidad.

La Pasión .

Las tres amigas.

En el convento.

La agonía.

Su muerte.

Milagros después de su muerte.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida de María Von Mörl es una vida fuera de lo normal. Fue un alma víctima que soportó en su cuerpo las llagas de Cristo y llevó una vida de sufrimiento, ofrecida con amor para cumplir la voluntad de su esposo Jesús, que quería que ofreciera sus dolores por la salvación de los pecadores. Fue en una palabra un crucifijo viviente, otro Cristo crucificado.

Pero no pensemos que su vida era un calvario permanente, también tenía momentos de cielo en el que Dios derramaba sobre ella sus gracias y le hacía sentir las alegrías celestiales, especialmente durante los éxtasis.

Por otra parte, a veces iba en bilocación a visitar a sus amigas estigmatizadas Domenica Lazzeri y Crescenzia Nieklusch. También su ángel la llevaba en bilocación a visitar iglesias con el Santísimo expuesto.

Dios le regaló otros dones y carismas sobrenaturales e hizo milagros por su intercesión. Su causa de beatificación está en marcha y esperamos que pronto pueda brillar en la lista de los canonizados solemnemente por la Iglesia.

PRIMEROS AÑOS

María von Mörl nació en la noche del 15 al 16 de octubre de 1812 y al día siguiente fue bautizada con los nombres de María Asunta, Catalina, Barbara. Su padre era Josef María Ignaz von Mörl y era de carácter más bien perezoso e indeciso, de voluntad débil. Sus ocupaciones principales eran la caza y la pesca. Su madre María Catalina Sölva, era práctica y activa y ella se encargaba, no solo de la cocina y del cuidado de los hijos, sino también del trabajo de las viñas, de contratar trabajadores y de vender los productos del campo. Ambos tuvieron 9 hijos.

Cuando el padre murió, encontraron que tenía una deuda de 5.000 coronas, una cantidad muy significativa en aquel tiempo. La esposa tuvo que afrontar la deuda y debió vender sus terrenos, viendo así que se iba la herencia de sus hijos.

María, la futura estigmatizada era alegre y de carácter suave y sumiso. Su madre le tenía predilección sobre los otros hijos, porque era más débil de salud, pero los hermanos estaban celosos. Su hermano mayor, Joseph, era nervioso y tímido. María por su parte era sensible y por eso sentía más las alegrías y las tristezas. A los tres años tuvo la desgracia de caerse de una escalera y se hizo una herida en la cabeza. A los seis años comenzó a estar delicada de salud. Tenía fiebre con inflamaciones y esto preocupaba mucho a su madre, que hizo todo lo posible para que se curara. Como no tenía confianza con el médico de Caldaro, donde vivían, fueron a consulta al doctor Zamboni de Termeno, al doctor Dallatorre de Appiano, al doctor Battisti de Fondo in Val di Non y, sobre todo, al extraordinario médico Johann Félix Marchesani de Bozano, que fue el más interesado en curar a María, aunque nada pudo hacer para restaurarle la salud completa.

En el mes de julio de 1823 sucedió algo que María nunca olvidaría. El príncipe heredero Fernando había ido a visitar el pueblo de Caldaro y todos festejaron la visita hasta altas horas de la noche. La mamá de María había mandado a sus hijos pronto a dormir. Llegó el papá borracho y entró en la habitación de María y, en un acceso de brutalidad, la sacó de la cama, la echó al suelo y la golpeó repetidamente a patadas. Nadie fue testigo y María, que entonces tenía 10 años, calló. Pero las consecuencias pronto se hicieron manifiestas. María echaba vómitos de sangre y tenía una inflamación en el bajo vientre que le hizo sufrir toda la vida. Su madre le exigió que le contara lo sucedido y ella lo hizo.

María nunca le guardó rencor a su padre. Su madre le contó lo sucedido al doctor Marchesani, pero no se pudo hacer nada para curarla totalmente. Desde ese día, María estuvo más débil y dolorida que nunca antes.

Sin embargo, a pesar de sus sufrimientos físicos y la difícil situación económica de la familia, María fue una niña alegre y participaba con gusto en los juegos con sus hermanos. Ya desde pequeña se manifestó en ella una inclinación a las cosas sagradas. Iba con gusto a la iglesia y siempre quería estar más tiempo. Hizo su primera comunión con 10 años y parece que ese día recibió algunas gracias especiales, que le contó al confesor, quien le aconsejó guardar silencio sobre ello. Su compañera de escuela, Ana Dissertori, contó que María acostumbraba a apartarse de los juegos de los niños de la escuela y que deseaba recibir frecuentemente la comunión, aunque en aquellos tiempos normalmente se acostumbraba en los niños que lo hicieron una vez al mes.

Durante toda su vida escolar, fue estimada por sus profesoras y por sus compañeras por su carácter alegre y servicial. Como estudiante, era inteligente sin sobresalir. Su madre le enseñó a realizar las labores domésticas y veía con placer que tenía habilidades para todo, especialmente para los trabajos femeninos. Por otra parte, nunca aprendió a escribir correctamente, pues tenía faltas de ortografía y su lenguaje era el dialecto del lugar. Para su formación la envió su madre a aprender italiano a Cles, en Val di Non. En aquel tiempo era costumbre el intercambio entre niños alemanes e italianos para aprender ambas lenguas.

En 1826 una voz interior le dijo: *Ya no veras más a tu madre*. Ella no quiso ir a otro lugar para aprender la lengua, sino que quiso quedarse junto a su madre, pensando que podía morir pronto. De hecho el 6 de febrero de 1827 murió de repente después de haber dado a luz diez días antes a un niño. La muerte de su madre le causó un profundo dolor. A partir de ese momento, María debió tomar el gobierno de la casa y hacer de madre para sus hermanos más pequeños. Tenía en ese momento 15 años.

Como era demasiado joven para encargarse del gobierno de la casa, su padre contrató a una viuda llamada María Haas. No fue una buena elección, porque esa señora no sabía ni mantener la casa ni ahorrar. Además era desagradable en su trato y desaprobaba el celo de María por la oración y por recibir los sacramentos.

Felizmente María tuvo el apoyo de la hija del panadero, María von Plunger, y también de la viuda, señora Von Strasser, que vivía sola. De hecho, cuando María tuvo que guardar cama y había gente que quería visitarla, tenían que pedir permiso al confesor o a la señora Von Strasser.

El director espiritual de María a partir de 1829 fue el padre Johann Kapistran, franciscano, que vivía en el mismo pueblo de Caldaro. Le pidió a él ser admitida en la Tercera Orden franciscana como terciaria, pero el padre Kapistran la hizo esperar un año hasta que el 29 de noviembre de 1830 aceptó. Le impuso el escapulario del Carmen y ese mismo día, con el consentimiento de su director hizo voto de castidad.

MALA SALUD

Un mes después de su consagración, el 31 de diciembre, de improviso tuvo convulsiones y le vino un vómito purulento, que hizo pensar en alguna descomposición interna. No murió, pero las convulsiones se repetían cada día y hasta perdió el uso de la palabra y de la vista, cayendo en un estado de total postración. No podía tomar ni siquiera las medicinas y cada dos días, más o menos, conseguía tomar un poco de agua para sus labios resecaos. Las convulsiones y los ataques de epilepsia se repetían y quedaba a veces como muerta y pensaban que se iba a morir en cualquier momento. Vino a verla el doctor Marchesani, que no le cobraba nada. María recuperó la palabra y la vista y comenzó a comer alguna cosa, pero no podía soportar comer carne o cosas que tuvieran carne. Dios había oído su oración, ya que el carnicero no quería dar a su familia carne a crédito y ella le pidió al Señor que no pudiera comer carne.

El doctor le dijo que no la podía curar, pero podía mitigar sus dolores y ella le dijo que renunciaba a cualquier visita médica. Ahora bien, su enfermedad costaba caro a su familia, porque no tenían buena situación económica y las medicinas eran caras. Felizmente el padre Kapistran consiguió que le dieran un subsidio de 400 coronas al año.

En agosto de 1831 las condiciones de salud de María eran desesperadas, volvió a perder la vista y la palabra, y parecía cercana a la muerte. Pero el 9 de septiembre mejoró de improviso. Ella creyó que estaba curada. Se levantó de la cama, se vistió y quiso irse a la iglesia, pero se lo prohibió el confesor. Cuando le preguntó el padre Kapistran cómo había sucedido esa mejoría, ella respondió que había rezado el Magníficat y había invocado a san Francisco y a san Romedio (santo del Tirol) y, además, había rezado un Miserere por el alma del hermano del padre Kapistran, aunque María no podía haberlo sabido por vía natural que había fallecido.

LOS DEMONIOS

Los esposos Dipauli, que tenían una carroza, la pusieron a disposición de María y la llevaron a la iglesia para recibir los sacramentos. En octubre vino un empeoramiento de su salud. Ahora María veía a su alrededor una figuras oscuras y terribles que le daban miedo. Estas figuras le decían que estaba condenada y que ningún confesor podría liberarla; y la invitaban a renegar de la fe y a blasfemar, porque las oraciones no podían ayudarla. Sin embargo, de tanto en tanto se le acercaba un hermoso niño, quizás era su ángel custodio, que tenía en una mano una corona y un ramo de flores y a veces una bella rosa. Pero algo muy reconfortante fue para ella ver a su cabecera a su madre difunta, que la exhortaba a la paciencia y confianza en Dios.

Cuando no podía ir a la iglesia a comulgar, le traían la comunión a casa, aunque esto normalmente era una vez al mes, como era la costumbre. El día de la Candelaria de 1832, vino el capellán Antón Berger y le trajo la comunión; a mediodía vino el padre Kapistran y la encontró como estática. Regresó al día siguiente y estaba en el mismo estado. No sabía él qué pensar de ello, pero algunos le dijeron que María, después de comulgar, entraba en éxtasis, incluso en la iglesia. Desde ese día, los días de la comunión eran para ella de una delicia celestial, mientras que los otros días eran de sufrimiento.

El 3 de mayo de 1832 fue el último día que la vieron por última vez por las calles de Caldaro. Había ido a la iglesia de los franciscanos y había rezado sus oraciones. Cuando salió de la iglesia, se vio de improviso rodeada de aquellas terribles figuras diabólicas y cayó desvanecida de miedo. María Plunger, que estaba a su lado, la levantó y la llevó a su casa. Algunos días después María tuvo una parálisis en la parte izquierda del cuerpo y el doctor Marchesani creyó que se trataba de una apoplejía. La parálisis duró dos meses enteros. En este tiempo ella dependía en todo de los demás y cualquier movimiento le causaba intensos dolores.

OBJETOS EN SU CUERPO

El 28 de julio fue llamado con urgencia el padre Kapistran porque María tenía un alfiler en la boca y no podía expulsarlo. La encontró en compañía de una mujer que intentaba sacarle el alfiler de la boca. Solo después de dos horas, el padre Kapistran consiguió sacarlo. Al día siguiente, al hacerle la visita, María se quejaba de la garganta y todos pensaron que se había tragado una aguja. El padre Kapistran tuvo que irse rápidamente, porque lo requerían otros trabajos urgentes. Cuando regresó al día siguiente, María le pidió agua y, después de haber bebido,

ella abrió la boca y se pudo ver una aguja. El padre Kapistran consiguió extraerla.

Desde entonces en adelante María expulsaba alfileres, agujas, clavos, pedazos de hierro y hasta pedazos de vidrio, pelos de crines de caballo o pelos humanos. Y esos objetos no solo salían por la boca, sino de todo el cuerpo, incluso de la nuca. De modo que el padre Kapistran tuvo que decir: *Yo extraía con mucho esfuerzo estos objetos y con frecuencia me hería con ellos y debía tener a la enferma sufriendo para descubrir estas cosas.* Dado que las agujas y los clavos aparecían siempre con la punta adelante, a veces lo herían, pero en la enferma no dejaban huella y decía que estas cosas se las mostraban las figuras negras diabólicas y le obligaban a tragarlas. A veces eran alimentos, como castañas, lo que le ofrecían, pero apenas las tragaba, le provocaban intensos dolores.

Un día, de su pie izquierdo, salió un clavo excepcionalmente grande como para haber podido clavar una caja gruesa. En ese preciso momento la parálisis cesó y el brazo adquirió su plena movilidad. A veces, sucedía que en su cama se encontraban clavos o alfileres sobre o bajo la sábana. En ocasiones, por la habitación se veía un gato negro o se sentía sin verlo un gato que se lamentaba. Sucedió también que un pedazo de madera, envuelto con pelos, se movía por la habitación, rodando bajo la cama de la enferma. De esto fueron testigos algunas vecinas que estaban visitando a María, entre las cuales estaba una joven, hija de los vecinos de enfrente de la casa. Se llamaba Rosina Morandell.

A veces la enferma estaba fuera de sí y sus gritos de dolor se oían desde las casas vecinas. Gritaba de estar condenada y querer seguir a los hombres negros que estaban junto a su lecho (que eran demonios). En ese estado quería suicidarse, saltaba fuera de la cama para tirarse por la ventana o quería estrangularse con una cuerda. Otras veces se arrancaba pedazos de cabello y después, cuando volvía en sí contemplaba estos pelos entre sus dedos y preguntaba quién se los había arrancado. Aunque se trataba de no dar a conocer estas cosas a la gente, algunos se enteraron y murmuraban como si fueran cosas malévolas.

El 15 de septiembre el decano Eberle se presentó sorpresivamente en la casa y encontró a María en convulsiones, pero estaba en sí y pedía que le dieran agua. Apenas bebió un poco, escupió en presencia del visitador un clavo y un alfiler. El decano tomó ambos objetos y los llevó consigo para dar testimonio de lo que había visto. Cuatro días más tarde regresó y encontró al padre Kapistran junto a María. Esta vez estaba ella muy tranquila y le dio respuestas sensatas a sus preguntas. Le rogó que le diera un poco de agua y escupió de nuevo un clavo

y un alfiler. El decano puso en conocimiento de esto al obispo de Trento, Francisco Javier Luschin.

Junto con estos hechos se le presentaron frecuentes éxtasis, incluso en días en que no comulgaba, y sucedía que podía hablar con su confesor y sus Superiores, pero no con otras personas. Además ella, que no podía moverse por sí misma, a veces era sacada de la cama por algún poder invisible y después golpeaban su cabeza contra el suelo o contra la pared con tal violencia que los presentes temían lo peor. Pero, cuando se le pasaba esto, no se veía en ella ninguna herida y se quedaba quieta y tranquila.

En julio de 1833 el obispo se dejó convencer y concedió que le hicieran exorcismo, con la condición de que todo se hiciera con discreción. Pasó el tiempo de las pruebas y el demonio se fue. Solo al final de la vida terrena de María intentó un último asalto sin éxito.

ÉXTASIS

El día del Corpus Christi de 1833, el padre Kapistran le llevó la comunión a las tres de la mañana y después la dejó en éxtasis. Regresó al día siguiente a las tres de la tarde y la encontró inmóvil y en la misma posición que la había dejado el día anterior. Él se dio cuenta que podía interrumpir los éxtasis por mandato de obediencia y bastaba una orden mental.

La fama de santidad de María se extendió por aquellos montes y valles. La gente llegaba en grupos, a caballo, en carros, y la mayoría a pie como en peregrinación, rezando el rosario. Primero iban a la iglesia donde recibían los sacramentos y después iban a casa de María. Se calcula que, desde fines de julio a la mitad de septiembre de aquel año, llegaron a Caldaro unas 40.000 personas que pudieron entrar en la habitación de María por turnos, llegando a visitarla hasta 3.000 en un solo día, viéndola en éxtasis. Estas visitas eran como una misión popular, ya que la gente salía emocionada y llena de fe y muchos mejoraban de vida.

Un día llegó el obispo de Trento sin avisar, la visitó y habló con el padre Kapistran y la señora gobernanta de la casa, María Sepp. Cuando María estaba en éxtasis, el obispo le ordenó por obediencia volver en sí. Las impresiones del obispo fueron totalmente favorables. Pero pensó que las visitas de la gente debían cesar. Eso era precisamente lo que deseaba María, pues el regresar del éxtasis y verse rodeada de gente extraña era para ella un sufrimiento más y había incluso pensado irse a otro lugar lejano para que nadie la visitara.

LAS LLAGAS

Ella mediaba continuamente en los sufrimientos de Jesús. A veces se quedaba de rodillas con los brazos extendidos. Tenía las manos como si hubieran sido clavadas con clavos. En ocasiones, decía que sentía dolores en las manos. En otoño de 1833 su confesor notó en las manos puntos dolorosos. El 4 de febrero de 1834 le pareció al padre Kapistran ver sangre fresca en una de sus manos. Le preguntó a María qué era esa sangre. En la otra mano vio lo mismo. Ella se asombró y comenzó a llorar. Pensaba que podía haberse herido con algo y sintió la preocupación de sufrir alucinaciones, de engañarse a sí misma y a otros. Y a la vez tenía miedo de las visitas médicas.

Al principio las llagas parecieron en la parte interna de las manos. Después aparecieron también en los pies. Ella se avergonzaba hasta de decirlo. Solo deseaba que nadie, fuera de su confesor, supiera lo ocurrido. El padre Kapistran le dijo que debía poner el asunto en conocimiento del párroco, quien debía mandar un informe al obispo.

Un día la visitó el decano y la encontró en éxtasis. La llamó por obediencia y ella volvió en sí y besó la mano del decano. No se atrevía a contar lo ocurrido y le encargó que lo hiciera al padre Kapistran quien al día siguiente se lo comunicó al decano. El decano volvió y habló a solas con María. Le ordenó que le hiciera ver la parte interna de las manos y ella obedeció en silencio. Ella le pidió que guardara el secreto, pero él debía decírselo al obispo y la tranquilizó para que no se asustara. María por su parte procuraba tener las manos cerradas y, si había algo de sangre, lo limpiaba rápidamente. En los pies llevaba calcetines y, si había algo de sangre, lo limpiaba con jugo de limón.

Al principio las llagas sangraban solamente los días de comunión. Después los jueves por la tarde. Los viernes sangraban las cinco llagas. Los otros días las llagas eran cubiertas por una costra de sangre, pero las llagas eran claramente visibles. Pronto las llagas aparecieron también en el dorso de las manos y sobre la planta de los pies y entonces ya era difícil tenerlas escondidas. Un día, mientras estaban en su habitación diferentes personas, María cayó en éxtasis y suspendida sobre la punta de los pies alargó los brazos de modo que los presentes notaron de inmediato las llagas en las manos. María trataba de tenerlas ocultas, doblando los dedos de las manos, llevando mangas largas o cubriendo con las sábanas las llagas.

SU ÁNGEL

Cuando no estaba en éxtasis, rezaba constantemente. Sus oraciones en voz alta eran relativamente breves. Su oración preferida era el Oficio de la Virgen, que era la oración de su Orden como terciaria. No pudiendo rezar en voz alta, cuando había otras personas en su habitación, estaba en contemplación. El punto central de sus oraciones era la santa misa. En el Santísimo Sacramento veía a Cristo en diversas imágenes en las que lo representa el Año litúrgico, ya sea Niño, crucificado o resucitado. Su fervor crecía cuando sabía que en una iglesia vecina estaba expuesto el Santísimo Sacramento. En compañía de su ángel custodio, su alma se dirigía a esa iglesia y, cuando era reclamada por la obediencia a volver en sí, su rostro miraba hacia aquella dirección.

Algo que le gustaba mucho era enviar a su ángel a visitar esas iglesias donde estaba el Santísimo expuesto para adorar a Jesús como mensajero de amor. A veces decía: *Mi ángel y yo hoy tenemos prisa porque el Santísimo está expuesto a la vez en muchos lugares.*

LA EUCARISTÍA

Cada día solía meditar varias horas sobre la misa y, cuando en la iglesia era el momento solemne de la consagración, ella se postraba. Sabía cuándo era ese momento y eso fue verificado una vez de modo irrefutable por dos visitantes que sincronizaron sus relojes; uno fue a la iglesia y el otro permaneció en su habitación. Cuando los dos se encontraron, confrontaron los dos relojes y constataron que el acto de adoración había sucedido en el momento de la consagración.

Y María no solo asistía a adorar en las iglesias de su región, sino también en diversos lugares, incluso lejanos. Con frecuencia veía hileras enormes de ángeles en profunda adoración delante del Santísimo. Estaban formados según su rango y rezaban en diversas posiciones. Los ángeles de las primeras filas estaban postrados, los de la segunda fila de rodillas con la cabeza inclinada. Detrás estaban otros arrodillados y con el rostro en tierra. Veía que los ángeles estaban llenos de respeto, cuando el sacerdote se acercaba al altar, y ella deducía de ello la gran dignidad del sacerdote.

Ella misma tenía tanta veneración a los sacerdotes que quería besar las manos de todos los que se acercaban a ella. Dios le había dado a conocer cuánto amor y respeto merecían de los fieles los sacerdotes. A veces le revelaba también los pecados y la indiferencia de algunos sacerdotes y le invitaba a amar y adorar al Señor en lugar de esos sacerdotes indignos.

Era sorprendente verla, cuando en ocasión de las procesiones con el Santísimo, de pronto se alzaba y, suspendida sobre la punta de sus pies y con las manos juntas, adoraba al Salvador. En una ocasión sucedió que en una procesión con el Santísimo, 200 soldados dispararon debajo de su ventana sin que ella se diera cuenta por estar en éxtasis, adorando a Jesús sacramentado.

NAVIDAD

Además de adorar a Jesús sacramentado, meditaba mucho en la pasión del Señor. Un testigo habló de cómo celebraba María el día de Navidad. Era la vigilia de Navidad de 1838. A las 11:30 p.m. atravesó él las calles vacías con la sensación de ir al encuentro de una aparición. Me abrieron las puertas y fui introducido en la habitación de María. Ella estaba arrodillada delante del altar sobre el cual había velas encendidas. Hacia las doce menos cuarto de la noche, extendió sus manos como si quisiese ofrecer a la Virgen María sus servicios, y un poco antes de las doce pareció tomar en brazos al Niñito apenas nacido. En ese momento su rostro se iluminó como un sol de primavera y parecía alegrarse enormemente por el nacimiento del Hijo de Dios. A las doce y media de la noche el éxtasis llegó a su cumbre como si ella percibiera el canto de júbilo de los ángeles. Levantó las manos al cielo como si una fuerza sobrenatural e invisible la atrajera hacia allí.

Si en Navidad había acunado en sus brazos al Niñito divino, en la Epifanía se postró a adorar con los reyes magos provenientes de Oriente al rey nacido. En las Bodas de Caná se apoyaba en su brazo como si estuviera sentada en una mesa junto a otros invitados a las bodas, según la costumbre oriental.

LA PASIÓN

En las contemplaciones de la Pasión, especialmente en Cuaresma y que sucedían cada semana, cada jueves en la tarde antes que la campana anunciase la agonía de Cristo, María se arrodillaba con una expresión de indecible dolor. Después caía tres veces seguidas siguiendo el ejemplo del Salvador en el Huerto de los Olivos y sentía la amargura del miedo a la muerte. Más impresionante era lo que hacía los viernes entre las dos y las tres de la tarde. Dolor, abandono, miedo a la muerte. María se maravillaba de no morir ella misma, tan angustioso y cubierto de sangre era el aspecto del Salvador y decía: *No puedo soportar que se haga sufrir un pollito y debo ver cada semana cómo muere mi Salvador.*

Cuando muere Jesús, ella también inclina la cabeza y está un minuto y medio como muerta. Después levanta la cabeza, junta sus manos al pecho, se arrodilla tranquila con los ojos mirando al cielo y, absorta en oración, da gracias interiormente. Y esto se repite cada semana.

Era sorprendente cómo, sin saber latín, una vez en la fiesta patronal de san Vigilio durante el éxtasis exclamó: *Abi in pulverem* (vuelve al polvo). Esta era la frase que el santo obispo había exclamado al tirar el ídolo de Saturno y María acompañó evidentemente esta acción, repitiendo las palabras que había sentido que fueron dichas por él.

Aparte de todo esto, por orden del Señor, llevaba un cilicio y cruces de metal en el pecho y en el dorso. Su colchón era de paja. El único lujo que se permitía era una limpieza minuciosa de las sábanas de la cama y de la ropa personal. Su dormir era breve. Incluso lo que comía era insuficiente para alimentar a una persona normal. A veces no podía comer ni un bocado durante días enteros y durante dos años no le fue posible ingerir ni siquiera una gota de agua a no ser que viniese dada por su confesor o por el párroco. Más tarde consiguió beber agua a su gusto, pero nunca tomó vino y rara vez alimentos cocidos y, en ese caso, fríos y en poca cantidad. Su alimentación normal constaba de pan seco y de un poco de fruta como un pedazo de manzana, alguna ciruela o algún grano de uva según la estación. El ser llamada durante el éxtasis era para ella una constante mortificación. Una vez lloró como un niño que es sacado del pecho de su madre con violencia y, cuando le preguntaron por qué lloraba, dijo que era muy bello estar con Jesús.

LAS TRES AMIGAS

Eran de la misma región, las tres estigmatizadas y se visitaban por bilocación. Sus otras dos amigas eran Domenica Lazzeri y Crescenza Nieklusck.

El padre Santuari, en carta del 3 de octubre de 1835 al Vicario de Trento, Don Giacomo Freinadimetz, le escribe: *En casa de Domenica estaban consternados, porque la enferma no se encontraba por ninguna parte. Me dijo el padre Eccel que ya desde el 30 del mes pasado había ella tenido conocimiento de lo que iba a suceder y que estaría en espíritu en Caldaro y, después de tres días o a lo más siete, regresaría de nuevo a su cama; pero no de cierto; sino con gran probabilidad. Yo en persona la he buscado por toda la casa a ver si estaba escondida.*

En carta del 12 de octubre de 1835, el mismo padre Santuari escribe al Vicario nuevamente: *Después de ocho días el sábado pasado a las ocho de la*

tarde apareció de nuevo de improvisto en casa estando bien cerrada, pues había fuerte lluvia. Ella llegó seca mientras estaban en oración su madre y las hermanas. Le preguntaron dónde había estado y respondió que estuvo en compañía de otras dos, semejantes a ella, en la casa de una tal Crescenza en Cermes. Estaba invisible a todos menos a un niño de tres años y a otro de cinco, y de un sacerdote de 40 años. Ayer por la tarde me prometió hacerme la descripción de la habitación de Crescenza con la que conversó con gran contento. Dijo también que los ocho días parecieron pocos momentos.

Había estado en compañía de las otras dos compañeras de sufrimientos. Había ido primero como en un relámpago a la casa de María von Mörl y la vio de rodillas en tierra en medio de dos velas encendidas. Se fijó bien en todos los detalles, porque cuando le pidieron que describiera la casa, lo hizo perfectamente bien. De allí fue llevada junto con María Mörl a la casa de Crescenza, situada en un monte.

Cuando el obispo se enteró de estos hechos, le prohibió que desapareciera de nuevo. Pero hubo algún encuentro más entre Domenica y Crescenza y María. Fueron visitas solo de noche y por algunas horas. Esto el capellán lo consideró una desobediencia a la prohibición del obispo; pero ante la prohibición, ella había respondido que siempre que fuera la voluntad del Señor, pues ella no iba por su voluntad, sino que la llevaban (probablemente su ángel) sin saber cómo ni adónde ni el porqué. Un día había sido llevada a un lugar y en el lugar de llegada vio a María von Mörl y Crescenza con la Virgen María y muchos ángeles.

En un interrogatorio que le hizo a Domenica el padre Paolo de Paoli el 10 de diciembre de 1845 y el 21 de enero de 1846 respondió: *La voz me dijo que el día 5 de octubre a las 5 de la mañana o a las 11 de la noche sería llevada donde encontraría otras jóvenes enfermas, tal como se lo manifesté al padre Antonio Eccel. No sé por quién fui llevada ni cómo, ni siquiera por qué camino o si salí por la puerta o por la ventana. No sé adónde fui llevada, Pero me parece estar como en un relámpago en la habitación de María von Mörl de Caldaro. La vi arrodillada en el suelo en medio de dos luces encendidas y, al regresar, he podido describir detalladamente esa habitación.*

Mis hermanas fueron a Caldaro y encontraron todo como yo había dicho. De allí fui llevada a una casa sobre un monte, toda de madera y allí estábamos siete, todas enfermas y me parece que allí estaba también la Mörl. Una estaba enferma gravemente (Crescenza) casi de muerte, y un sacerdote le llevó la comunión. A mí también me dio la comunión y a otra de las presentes. Después de comulgar, miré hacia el suelo y vi a mi madre y hermanas afligidas por mi ausencia y vi al capellán que miraba por toda la casa buscándome. Me vino el deseo de regresar; y tener ese deseo y encontrarme en mi cama fue todo uno. No

sé por qué puerta entré, solo sé que las puertas estaban cerradas y las ventanas selladas. El tiempo era tempestuoso con rayos y truenos y relámpagos, pero me encontré ilesa. Al oírme suspirar, vinieron mi madre y hermanas a mi cuarto y me encontraron toda seca de la cabeza a los pies.

El padre Francesco Saverio Weninger, que el año 1843 visitó a María von Mörl y a Domenica Lazzeri, sintetiza sus impresiones y dijo: *Si las comparo con dos piedras preciosas, veo a María como un gran zafiro y a Domenica como un pequeño diamante.* Una impresión semejante tuvo el pintor Paúl von Deschwanden que el año 1847 las visitó.

El año 1848 se nombró una comisión en la que los doctores Oettl y Marchesani debían verificar su estado de salud mental de María. Su informe fue totalmente positivo para ella. María por propia voluntad se recluyó en el convento de las terciarias de Caldaro, donde vivió desde 1841 hasta 1868.

EN EL CONVENTO

Fue trasladada al convento el 3 de noviembre de 1841. Entre las 8 y las 9 de la noche, cuando todo estaba ya oscuro, el padre Kapistran con el hermano Sebastián y el carpintero Johann Morandell, se presentaron en casa de María con una camilla. Probablemente el salir de su casa donde tenía tantos recuerdos fue un sacrificio no pequeño para ella, pero lo hacía porque así creía que era la voluntad de Dios y porque en el convento tendría la cercanía de Jesús Eucaristía. Junto con María fueron al convento para cuidarla su hermana Luisa y la empleada María Tschandrin. En la habitación de María había un altar y en él podían celebrar misa los sacerdotes y dar la comunión a María, tal como lo había concedido el obispo. Además, otras dos veces a la semana, le traían la comunión y así podía comulgar realmente cuatro veces a la semana.

Una de las cosas que más le agradaba era la visita de los niños de la escuela. A veces la encontraban en éxtasis al igual que las hermanas terciarias de su convento. Incluso la Madre maestra de novicias llevaba a las novicias algunas veces a visitar a María. El encontrarla en éxtasis era para todas un motivo de fortalecer su fe.

María quería mucho a las palomas. Una vez hizo traer a su hermana tres palomas como símbolo de la Santísima Trinidad. Y cuando estaba en éxtasis, se colocaban en su cabeza o espaldas. En estado normal estaban tranquilas sin atemorizarse por la gente que la visitaba. Estando en el convento también tuvo la gracia de tener algunas palomas en un jaula abierta y podían volar libremente por su habitación. También le encantaban los pajarillos que le ayudaban a cantar

alabanzas al Señor al igual que a santa Rosa de Lima. Los días en que María comulgaba, estos pajaritos se reunían en gran número en la ventana y llenaban el aire con sus alegres gorjeos, mientras ella estaba en éxtasis.

El profesor universitario Ernst Moy dice que un día entró en la habitación de María una niña, cuando todavía vivía en su casa. La niña traía un corderito blanco. María expresó su alegría con señales, porque no podía hablar, y como acababan de traer unas flores frescas para el altar, comenzó a adornar al corderito con estas flores. Mientras hacía esto, cayó en éxtasis, abrazando la imagen de Jesús como cordero de Dios, con una mano, mientras que su otra mano acariciaba al corderito blanco. Y como le encantaban los niños, frecuentemente hacía de madrina. Por eso tenía muchos ahijados.

Un día bautizaron en su habitación a una sobrina suya. María cayó varias veces en éxtasis durante la ceremonia. La imagen de María en éxtasis, teniendo entre los brazos a su sobrina, fue vista por varios testigos. Una primita de la bautizada, de seis años, entró en el momento en que María se elevaba sobre la punta de sus pies. Su blanca figura con la niña bautizada entre sus brazos le pareció a la niña de seis años como un ángel custodio hecho visible. Y habló de esta visión durante años.

Entre los dones recibidos de Dios, María tenía el don de profecía: Profetizó la muerte de la joven archiduquesa Margherita y algo parecido también con otra joven esposa de Caldaro. El barón Antón Dipauli, sobrino de Anna von Schasser, en el año 1852, se había casado. Su joven señora fue a visitar a María en la plenitud de su salud con 25 años. María la vio en visión muerta y se lo contó a algunas personas de confianza. De hecho a los pocos meses esta joven señora moría.

También previó la muerte de otra señora que era pariente suya, que era joven y hacía cuatro semanas que había sido madre y tenía un óptimo aspecto. En julio de 1833 el señor Wohlgemuth de Appiano fue advertido por María de ir rápidamente a Innsbruck, porque su hermano moriría pronto y tenía necesidad de él para poner en orden sus negocios. Así pudo prepararlo para reconciliarse con su suegra y recibir devotamente los últimos sacramentos.

Un hermano franciscano no se preparaba para la misa ni daba gracias. Cuando visitó a María, ella sacó un librito de debajo de la almohada y le indicó en silencio dos oraciones para la preparación y acción de gracias después de la comunión. Otra cosa parecida le sucedió a uno de los confesores de María, el capellán Nikolaus Prosliner. Era inteligente y de buenas costumbres, pero su devoción era poco profunda. Un día, mientras en la iglesia parroquial de Caldaro estaba expuesto el Santísimo Sacramento para la adoración de las 40 Horas,

Prosliner atravesó de modo poco reverente el coro de la iglesia. Ella estaba en éxtasis, pero después le regañó al religioso por su comportamiento y su falta de respeto y le dijo que había herido profundamente a los ángeles que rodeaban a Jesús en adoración. El religioso aceptó la advertencia con humildad.

Otro don del Señor era que María podía leer el corazón de sus visitantes. En octubre de 1837 vino a visitarla Guido, el hijo del célebre Görres, con un sacerdote de Renania, llamado Korneli. En la habitación había distintas personas y les regalaba a cada uno una imagen sagrada. Korneli había recibido ya dos imágenes, cuando sintió deseos de tener otra tercera para regalarla a un amigo. Entonces Korneli recibió su tercera imagen, porque María le conoció su deseo.

También tenía la gracia de ver a las almas del purgatorio. De todas las que vio en el más allá, solo tres fueron directamente al cielo.

LA AGONÍA

El año 1868 fue el último de su vida. Día tras día oía la misa en éxtasis y los viernes sufría la Pasión de Jesús. En la noche del 7 al 8 de septiembre sintió un impulso especial de orar por la Iglesia y por Austria. Se ofreció de nuevo al Señor con todo su corazón. Después una fuerza misteriosa y oscura la invadió. Eran las fuerzas de las tinieblas. Comenzaba su noche del Monte de los Olivos. Antes de recibirla a la hora su muerte, el Señor quería ponerla a prueba y así prepararla para el paso directo al cielo. Las alegrías de los éxtasis cesaron, no podía rezar, le desaparecieron todos los dones sobrenaturales que había recibido. Se sentía perdida y haber engañado a todos y creía que ningún sacerdote tenía autoridad para absolverla. Estaba como destruida internamente, desconsolada en la terrible convicción de que iría al infierno. Y llegó un momento en que creía que la comunión era un robo a Dios y no quería recibirla.

El padre Simón nos dice que un día estaba preocupado por María. Estaba confesando a las hermanas del convento, salió de improviso del confesonario y oyó que de la habitación de María salían gritos de dolor y corrió a ayudarla. Pero en vano. Las bendiciones, las exhortaciones, las órdenes del confesor, las oraciones de las almas buenas que la visitaban parecían inútiles. Era como si Dios se hubiera retirado definitivamente de ella para siempre y decía: *Señor ¿por qué me has abandonado?* En varios días no pudo dormir, ni comer ni beber ni un sorbo de agua. Al igual que Jesús en la agonía así sufría de la sed ardiente. Su lengua y su garganta estaban secas. Cuando trataban de darle un poco de agua, respondía: *Sería buena, pero yo no puedo.*

El padre Simón celebró una misa en honor de Santa Teresa de Jesús, su segunda patrona, y efectivamente esta santa que, tantos sufrimientos interiores había padecido durante su vida, la ayudó. El día de su fiesta, el 15 de octubre, tuvo una gran mejoría y desde ese momento tuvo tranquilidad. El 23 de octubre pudo recibir de nuevo la comunión. Desapareció todo el temor que había tenido y se disiparon todas las tinieblas de su alma y del temor al infierno. Era como si hubiera salido el sol en su alma. Pasaba todo el día arrodillada y no se cansaba de exclamar: *Sean dadas las gracias y sea bendito el Santísimo Sacramento del altar.*

SU MUERTE

Su ánimo estaba alegre, oía cantos y preguntaba a los presentes si ellos también los oían. Comenzó a cantar como un niño feliz y cantaba todo el día: *Alabado sea Dios, la Iglesia ha vencido.* Todos los días recibía la comunión que le traían a medianoche. En su cama estaba tranquila. Delante de ella veía ya las alegrías que le esperaban en la eternidad. Afuera el invierno rígido había cubierto de hielo toda la zona, pero en su corazón oía la alegre noticia: *El invierno ha pasado, la lluvia ha cesado, levántate, amiga mía, y ven.* Así esperaba ya al Amado de su alma.

En la noche del 10 al 11 de enero de 1868 recibió la comunión por última vez. Hacia las dos y media de la mañana murmuró dos veces el nombre de Jesús y después añadió de modo perceptible: *Qué bello, qué bello es.* Y dejó de respirar para entrar en la gloria de su esposo Jesús.

A continuación manos piadosas la vistieron como a una esposa, toda de blanco. En la cabeza un velo blanco y una corona de rosas blancas. La capilla ardiente se preparó en la iglesia de las terciarias. Estuvo expuesta dos días en los que llegaron miles de personas de Caldarò y de los pueblos cercanos. María von Mörl había manifestado a todos que después de su muerte sus llagas desaparecerían. Y, en efecto, así sucedió. El día 13 algunas niñas levantaron el cuerpo del catafalco y el maestro carpintero Johann Marinell aseguró que observó que sus miembros eran flexibles como los de una persona viva. Un pergamino firmado por diversas personas notables, como el párroco y el alcalde se colocó junto al cadáver dentro del ataúd, que quedó cerrado y sellado. Después un interminable cortejo llevó sus restos mortales al cementerio.

MILAGROS DESPUÉS DE SU MUERTE

Poco después de su muerte el italiano doctor Ottavio Basini recibió una tela en la que habían estado envueltos sus restos. Él los mandó en un paquete a las hermanas capuchinas de Módena. La hermana que recibió el paquete en la portería tenía prisa, porque había tocado ya la campana para la comida y dejó el paquete en alguna parte del comedor donde se quedó para comer. En cierto momento, las hermanas percibieron, no solo algunas, sino todas, un perfume delicioso. Buscaron y no se explicaban de dónde procedía. Por fin se convencieron que emanaba de aquella tela de lino que les enviaba el doctor Basini. Y todas se alegraron, porque Dios glorificaba así a su sierva.

Un acontecimiento hermoso fue la curación de un joven de Caldaro, Franz Sinn, que, invocando a María von Mörl fue librado de las llagas graves y dolorosas que tenía entre las piernas. Más singular fue la curación de la hija de un hacendado, Rosa Micheli. Ella tenía una llaga purulenta en el pecho. Después de invocar la intercesión de María, una tarde aplicó a su herida un poco del tejido de lino en que habían envuelto su cuerpo y a la mañana siguiente la herida estaba sana. Rosa Micheli se casó y murió a la edad de 92 años. En Innsbruck, una señora gravemente enferma de tuberculosis, al poco de morir María, la invocó y se curó completamente. También hay una carta de un franciscano de Sini en Dalmacia que cuenta dos especiales curaciones del año 1878 por intercesión de María, aplicando un pedacito de su vestido a una niña de cinco años, Anna Talaja, que fue salvada de la ceguera completa. También un hombre de nombre Tadeo Carcic, que fue librado de un tumor.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído atentamente la vida de María Von Mörl, podemos decir llenos de alegría: *Bendito sea Dios en la vida de sus santos*. Los santos son verdaderamente como una ventana a través de la cual podemos atisbar las alegrías del cielo y el valor del sufrimiento para conseguirlo.

Normalmente no podemos entender que algo que rechazamos naturalmente como es el dolor, pueda ser de utilidad para la santificación personal. Y, sin embargo, Jesús nos enseñó con su muerte en cruz el valor del sufrimiento; no es algo absurdo y sin sentido, sino algo que tiene su valor sobrenatural de cara a la eternidad que nos espera.

Aprendamos de los santos. Vivamos para la eternidad. Aprovechemos los momentos de dolor para ofrecerlos con amor a Dios, aunque no entendamos su porqué. Aceptemos la voluntad de Dios manifestada a veces a través de los acontecimientos de la vida, incluso los adversos y dolorosos. Y levantemos

nuestra mirada al cielo y digamos con fe y amor: *Señor, no te entiendo. Soy demasiado débil para sufrir. Si es posible, aparta de mí este problema o esta enfermedad que me hace sufrir, pero que no se haga mi voluntad sino la tuya.*

Y el Señor nos bendecirá mucho más de lo que podemos pensar o imaginar. Por eso podemos entender que santa Teresa de Calcuta pudiera decir que el dolor es un regalo de Dios, un tesoro que Dios pone en nuestras manos y que, si sabemos aceptarlo y ofrecerlo, encierra inmensas bendiciones divinas.

Hermano lector, que el Señor te bendiga con toda tu familia y seas santo. Es mi mejor deseo para ti.

Que Dios te bendiga y seas feliz eternamente

Tu hermano y amigo para siempre.
P. Ángel Peña O.A.R.
Agustino recoleto

&&&&&&&&&&&&&

Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org

BIBLIOGRAFÍA

- Buol Maria von, *Maria Mörl, mística stigmatizzata*. Ed. Praxis, 1997.
Marinolli M., *Storia documentata di Maria Domenica Lazzeri*, 1954.
Nicolas F., *Les extatiques et les stigmatisées du Tyrol*, Paris, 1843.
Riccardi Antonio, *Le tre mirabili vergini viventi nel Tirolo, Maria Mörl, Maria Domenica Lazzeri, Crescenzia Nieklusch*, Milán, 1836.
Vesely Leonardi Ludmila, *La santità nel Tirolo, Domenica Lazzeri da Capriana*, Longo editore, 1991.

&&&&&&&&&&&&&